

TESTIMONIO DE MOISÉS (Seminarista de nuestra diócesis)

En primer lugar, quería daros las gracias por vuestra acogida, y por permitir que el Seminario llegue a todas las parroquias.

Me gustaría comenzar haciéndoos una pregunta: ¿para qué pensáis que la sociedad de hoy en día necesita los sacerdotes? Porque, si no sabemos para qué necesitamos sacerdotes, ¿para qué vamos a rezar para que haya más sacerdotes?

Esta pregunta la leí este verano en un libro, y es una pregunta que un general nazi le hizo a unos jóvenes que estaban recluidos para que trabajasen construyendo trincheras en los campos de batalla. El general les preguntó a estos jóvenes qué querían ser de mayores, y uno de ellos contestó que era seminarista y que quería ser sacerdote, y el general le dijo que en la Alemania del futuro, en la Alemania de Hitler que los nazis planteaban construir, no harían falta sacerdotes. Pero este joven fue en el futuro Benedicto XVI y, leyendo su biografía, este relato me impactó muchísimo.

Y no lo cuento por curiosidad ni para que aprendamos historia, sino porque muchos de nuestros vecinos o de las personas que viven en nuestro día a día pueden pensar lo mismo; o quizá nosotros alguna vez nos hemos preguntado para qué necesitamos sacerdotes, por lo que es importante que nos respondamos a esta pregunta y que sepamos la respuesta, pues necesitamos sacerdotes para que nos hablen de Dios, para que nos hablen del Amor Puro, para que nos traduzcan el Evangelio (que a veces es complicado de entender), como ha hecho hoy don Rafael, que nos ha explicado cómo Dios, igual que resucitó a Lázaro, puede resucitar cualquier problema de nuestra vida.

Cuántos jóvenes están vivos pero están muertos en vida, y necesitan de un amor puro, de una esperanza de verdad, y no de estas cosas que nuestra sociedad nos propone hoy en día y que nos dice que nos va a hacer felices, pero que no nos llenan. Pues por eso necesitamos a los sacerdotes, no por ellos, sino porque el Señor quiere que mediante los sacerdotes podamos llegar a los Sacramentos: el Bautismo, la Confirmación, la Comunión, la Confesión (que tantas veces nos sana); los sacerdotes llegarán a acompañarnos incluso hasta el final de nuestra vida, pasando por el matrimonio y llegando a la Unción de enfermos.

Durante toda la vida, el Señor nos quiere tocar mediante los Sacramentos, y se ha querido servir de los sacerdotes, que son (o seremos, si Dios quiere, en un futuro) tan indignos como los matrimonios lo son unos de otros.

Y el Evangelio de hoy es peculiarmente bonito para compartirlo hoy con ustedes, pues igual que el Señor resucitó a Lázaro, en cierto sentido a mí también me resucitó el Señor. Porque, como he dicho al principio que hay muchos jóvenes muertos en vida, yo hace ocho años también era uno de esos jóvenes, y en cierto modo muchas veces vuelvo a recaer en esas cosas que no me aportan felicidad, sino que me matan por dentro, me hacen que esté triste, que esté mal con mi familia y con mis amigos.

Pues cuando yo tenía catorce o quince años, jamás hubiese pensado que el Señor tenía preparado para mí un camino en el sacerdocio. Y lo peor de todo es que yo no tenía en mente que a mí Dios me podía proponer un plan, incluso un matrimonio; en realidad yo no contaba con Dios dentro de mis planes, y en cierto sentido esto es algo general entre los jóvenes de hoy en día.

Nadie nos habla de que el plan de Dios es el plan de nuestra felicidad. Yo crecí así, hice la catequesis y la Confirmación así, y mi vida se fundamentaba en los estudios (tenía intención de estudiar derecho en la universidad Pablo de Olavide) y en mi círculo de amigos, que en el sur de España tenemos tantos círculos de amigos que nunca tenemos tiempo para tener un rato para el Señor.

Yo tenía la confianza puesta en los estudios, me creía feliz porque tenía muchos amigos, tenía el hobby del fútbol y de las hermandades, tenía incluso mi novia. Y, visto externamente, se podría pensar que era un niño que vivía sanamente, que no me metía en líos, estudiaba, no me faltaba de nada, y esa era mi vida hasta los 17 años. Pero era un muerto en vida; aunque hiciese muchas cosas y disfrutase muchísimo, en el fondo me costaba ser feliz de verdad.

Incluso en mi casa se notaba. Y mi madre, que cuando entré en el seminario lloraba, es la primera que me dice que se nota cómo el seminario me ha cambiado, porque ahora me ve feliz plenamente, y ella lo nota en casa; pues cuando alguien está feliz no puede aparentar estar triste, es imposible, la alegría sale de dentro.

Yo, con 17 años, en una Vigilia de Pascua, estando el Sábado Santo por la noche en la misa, sentí por primera vez que el Señor se quería encontrar conmigo, y ese día sentí una fuerza interior que me decía: «Moisés, yo quiero algo más de ti».

Yo era catequista en mi parroquia y, aunque era un muerto en vida, intentaba ayudar en lo que podía al párroco. Y ese día en misa sentí que el Señor me decía «Yo quiero más de ti, yo quiero que seas sacerdote»; pero, como podréis entender, yo le dije que no, pues yo entonces todavía tenía novia. Le omití, yo creo que ni llegué a responderle, pero le dije que no y entré a estudiar la carrera, como tenía previsto, porque yo pensaba que mi felicidad estaba en lo que yo tenía planeado en mi mente.

Pero, después de esa experiencia, después de ese encuentro que tuve, aunque yo le dije que no, el Señor no se cansó. Igual que en el Evangelio lo vemos perdonando, amando una y otra vez, buscando a los que no querían nada con Él, conmigo también se encontró de nuevo muchísimas veces: por medio de momentos de oración, por medio de personas, por medio incluso de viajes, pues recuerdo que fui un día a Alemania a ver un partido del Sevilla con mis amigos de la universidad y lo mejor que me traje de ese viaje fue una conversación que tuve con un sacerdote. Pues ese sacerdote, sin darse cuenta (porque no me conocía, ni me conoce, ni sé dónde estará ahora mismo ese pobre hombre), me volvió a hablar de aquello que me había pasado aquel Sábado Santo...

Y esa es mi experiencia. Yo tenía mi vida, mis proyectos, como cualquier joven de hoy en día, pero la felicidad plena la he descubierto cuando el Señor me ha mostrado cuál es mi vocación.

Todos tenemos una vocación. Muchos seréis matrimonios, don Rafael es sacerdote, seguro que conocéis a muchas religiosas, pero el problema está en que muchas veces los jóvenes no queremos buscar cuál es nuestra vocación, cuál es la llamada que Dios tiene para nuestra vida.

Por eso os pido que recéis por nosotros, que recéis para que los jóvenes escuchen la llamada de Dios, a lo que sea, pero que la escuchen; porque Dios sigue llamando, pero somos nosotros los que tenemos mucho ruido. Y también os pido que recéis por los sacerdotes, no sólo por los seminaristas; pues cuando empezábamos a preparar la campaña vocacional, salió el caso del sacerdote de Extremadura, que, aunque es un

poco tabú, creo que es bueno decirlo: ese sacerdote que tanto daño nos causó a todos... Pues también tenemos que rezar por los sacerdotes, igual que los sacerdotes rezan por los matrimonios; tenemos que rezar unos por otros para que seamos fieles, porque todos estamos tentados. Y nos confiamos de verdad a vuestras oraciones, para perseverar; nosotros rezamos por ustedes y ustedes rezad para que los jóvenes escuchen la llamada de Dios y la respondan, porque ahí está la felicidad auténtica.